

LA CREENCIA

Alexander Bain (1868)

Traducción castellana de Armando Daniel Otamendi (2009)

Este texto, tomado del volumen de Alexander Bain Professor of Logic in the University of Aberdeen, Mental and Moral Science. Part First: Psychology and History of Philosophy (London: Longmans, Green and Co., 1868, Book IV: "The Will", Chapter VIII: "Belief", pp. 371-385) tiene gran importancia para entender las ideas peirceanas sobre la creencia. Max Fisch publicó un estudio excelente con el título "Alexander Bain and the Genealogy of Pragmatism" (M. Fisch, Peirce, Semeiotic and Pragmatism, Bloomington, Indiana University Press, 1986, pp. 79-108), estudiando a fondo la relación entre Bain (1818-1903), Peirce y los demás fundadores del pragmatismo: la conclusión central es que estos estaban familiarizados de primera mano con las obras de Bain en las que se exponía su teoría de la creencia.

§1. El estado mental denominado **Creencia**¹, aunque involucra al Intelecto y a los Sentimientos, está, en su sentido esencial, emparentado con la Actividad, con la Voluntad.

Al creer que el Sol se alzaré mañana, que el próximo invierno será frío, que el alcohol es estimulante, que alguien es confiable, que Turquía está mal gobernada, que el libre cambio incrementa la riqueza de las naciones, que la vida humana está llena de vicisitudes ¿En qué estado mental nos encontramos? ¿Un estado puramente intelectual o intelectual y algo más? En cada una de estas afirmaciones encontramos una concepción intelectual, pero también las encontramos en muchas cosas en las que no creemos. Podemos entender el significado de una proposición, podemos concebirla con extrema vivacidad, y aun así no creer en ella. Podemos tener una exacta comprensión intelectual de la sentencia de que la Luna está a sólo cien millas de distancia de la Tierra, pero sin creencia alguna que la acompañe.

Ha de verse a continuación si un sentimiento o emoción, agregado a la concepción intelectual, equivaldría al estado de creencia. Supóngase que concebimos y contemplamos el verano que se aproxima como mucho más hermoso y genial que todos los veranos del siglo, deberíamos encontrar gran placer en esta contemplación, pero el placer (aunque, como veremos, es causa de predisposición) no constituye la creencia. Así, no hay nada ni en el Intelecto ni en el Sentimiento que comporte la esencia de la Creencia.

En la vida práctica de cada día, acostumbramos a probar las creencias de los hombres por sus acciones, 'la fe por sus obras'. Si un político declara que el libre cambio es bueno, y aun así no permite que se actúe de acuerdo con ello (no existiendo en el camino impedimentos extraños), la gente dirá que él no cree su propio aserto. Un general afirmando que está mejor y más fuertemente atrincherado que el enemigo, pero que actúa como si fuese más débil, sería tomado como no creyendo lo que afirma, sino aquello en base a lo que actúa. Un capitalista que retira su dinero de países extranjeros, y que lo invierte con un interés más bajo en fondos ingleses, será tratado como habiendo perdido fe o confianza en la estabilidad de los poderes foráneos. Quien

¹ Se respeta el uso del autor de mayúsculas y negritas para destacar determinados términos.

quiera que pretenda creer en una vida futura de recompensas y castigos, y que actúe precisamente como si no hubiese tal vida, es justamente destituido de la creencia en la doctrina.

§2. La relación de la Creencia con la Actividad se expresa al decir que *actuamos en base a aquello en lo que creemos*.

Los casos dados más arriba apuntan a esta conclusión, y a ninguna otra. La diferencia entre el mero concebir o imaginar, con o sin un fuerte sentimiento asociado, y la creencia es actuar o estar preparado para actuar cuando la ocasión se presente. La creencia de que un soberano² vale veinte chelines se muestra por la disponibilidad a tomar el soberano a cambio de los chelines. La creencia de que el soberano está débil se muestra al rechazar tomarlo como el equivalente de los veinte chelines.

La definición será elucidada de mejor manera por excepciones aparentes.

(1) A menudo tenemos una creencia genuina, y aun así no actuamos en base a ella. Uno puede tener la fuerte convicción de que la abstinencia de estimulantes favorecería la salud y la felicidad, y aun así continuar tomándolos. Y hay muchos paralelos en la conducta de los seres humanos. El caso, sin embargo, no es una excepción realmente. La creencia es un motivo o un móvil para actuar, pero puede ser sobrepasada por un motivo más fuerte, como un placer actual o el alivio de un dolor actual. Estamos inclinados a actuar según creemos, pero no siempre con una fuerza omnipotente en el impulso. La creencia es un estado activo, con diferentes grados de fuerza: se dice que es fuerte o que es débil. Es fuerte cuando nos conduce contra un potente contra-impulso, débil cuando es sobrepasada por un impulso sin fuerza. Con todo, si alguna vez nos induce a actuar de alguna manera, si vence la más pequeña resistencia, es una creencia. Quien cree en una vida futura puede hacer bien poco en consecuencia de tal creencia, puede que nunca actúe de cara a una fuerte oposición, pero si hace algo, cualquier cosa, que no haría de otra manera, si incurre en el más pequeño sacrificio presente, se admitirá que tiene una creencia real, aunque floja.

(2) La segunda excepción aparente es proporcionada por los casos en que creemos cosas en base a las cuales nunca podríamos tener la ocasión de actuar. Algunos filósofos de hoy creen que el Sol esta irradiando lejos su calor, y que en algún período inconcebiblemente largo se enfriará a mucho menos de cero Fahrenheit. No podría sugerirse a la mente humana ningún hecho más completamente fuera de la esfera activa de esos filósofos. Lo mismo con la supuesta historia pasada del universo, sideral y geológica. Un astrónomo tiene convicciones bien decididas en conexión con las remotas nebulosas del firmamento. Incluso los eventos de la historia de la humanidad hace mucho tiempo pasados, las hazañas de Epaminondas y la invasión de Bretaña por los Romanos, están más allá de nuestra esfera de acción, y aun así creemos en ellos. Y como se observa en la disposición de las cosas aun existente, muchos hombres que nunca cruzarán el Desierto del Sahara creen lo que se dice de su superficie, de sus días ardientes y noches heladas.

No es difícil rastrear una referencia a la acción en cada una de estas creencias. Tomemos primero la mencionada en último lugar. Cuando creemos en el testimonio de viajeros como los del Sahara, encontramos ese testimonio como de la misma clase que aquello en base a lo cual estamos acostumbrados a actuar. Alguien que viajó por África ha pasado también a través de Francia, y tal vez nos ha contado muchas cosas respecto de este país, y hemos actuado según esa información. Nos ha contado también del Sahara, y hemos caído en la misma actitud mental en este caso, aunque podríamos no tener la misma ocasión de actuar en base a ella. Expresamos tal

² Moneda de oro utilizada en Inglaterra en tiempos pasados.

actitud al decir que, *si* fuésemos a África, haríamos ciertas cosas en consecuencia de tal información.

Considerando el pasado, creemos en la historia de dos maneras. El primer uso es análogo a lo que ha sido expuesto, a saber, cuando ponemos el testimonio sobre eventos históricos en el mismo nivel que el testimonio en base al cual ahora actuamos. Otra manera es cuando construimos teorías o doctrinas sobre asuntos humanos, apoyándonos en parte sobre esos eventos pasados, y ponemos en operación esas doctrinas en nuestra práctica presente.

La creencia en los fenómenos siderales inmensurablemente remotos en el espacio y el tiempo es un reconocimiento del *método científico* empleado sobre esos fenómenos. Los navegantes atraviesan los mares en base a la fe en observaciones de la misma naturaleza que aquellas aplicadas a las distantes estrellas y nebulosas. Si un astrónomo propusiera doctrinas respecto a las nebulosas, halladas en base a observaciones de una clase que no serían de confiar en la navegación o en la predicción de eclipses, deberíamos estar en un estado mental perceptiblemente diferente respecto de tales doctrinas, y ese estado mental no es impropriamente denominado descreimiento [*disbelief*].

(3) En muchos casos notorios nuestra creencia está determinada por la fuerza de nuestros sentimientos, lo que puede ser alegado como prueba de que la creencia está fundada en la parte emocional de nuestra naturaleza. Se admite el hecho, pero no la inferencia. Luego se verá de qué maneras operan los sentimientos sobre la creencia, sin constituir ellos mismo el estado de creencia.

(4) Muy frecuentemente, la creencia es engendrada por un proceso puramente intelectual. Así, cuando se nos propone por primera vez una proposición en geometría, podemos entender su sentido sin creer en ella, pero al recorrer la cadena de razonamiento o demostración, una operación completamente intelectual, pasamos a un estado de entera convicción. Lo mismo con los miles de casos donde somos guiados a la creencia por mera argumentación, por prueba o por iluminación intelectual. En todos está la apariencia de un origen intelectual de la creencia.

La misma conclusión es sugerida por otro conjunto de hechos, a saber, nuestro creer en base al testimonio de nuestros sentidos o experiencia personal, pues se admite que la percepción de los sentidos es una función del intelecto. Es por tal operación que creemos en la gravedad, en la conexión del amanecer con la luz y el calor, etcétera.

Así, cuando recibimos el testimonio de otros y nos pronunciamos sobre él, estamos llevando a cabo una función estrictamente intelectual.

Aparentemente conducidos por tales hechos, los metafísicos han sido casi, si no del todo, unánimes al enrolar la Creencia entre los poderes intelectuales. No obstante, puede afirmarse que el intelecto por sí sólo no constituirá Creencia, no más de lo que constituirá Volición. El razonamiento del geómetra no crea el estado de creencia, meramente presenta afirmaciones ante una creencia ya formada, la creencia en los axiomas de la ciencia. A menos que pueda mostrarse que esa creencia es un producto intelectual, la fe en la verdad demostrativa no está basada en el intelecto. La función precisa de nuestra inteligencia en el creer se mostrará a continuación.

§3. La Creencia es un aumento o desarrollo de la Voluntad, en la persecución de fines *intermedios*.

Cuando una acción voluntaria trae placer o desvanece un dolor de inmediato, como el masticar comida en la boca, experimentamos el curso primitivo de la voluntad. Hay una ausencia tanto de

deliberación, como de resolución, de deseo y de creencia. Mediante una ficción, uno puede sostener que creemos que la boca llena de comida es placentera, tanto como uno puede decir que elegimos, deseamos y resolvemos masticar y tragar el bolo, pero de cara al hecho, tales designaciones nunca habrían venido a la existencia si toda volición hubiese sido de este tipo primordial. Es la ocurrencia de un estado medio o intermedio entre el motivo y la gratificación sentida lo que hace aparecer esas fases varias.

La Creencia se muestra cuando realizamos acciones intermedias o asociadas. Cuando estiramos la mano para asir una naranja, la pelamos y la llevamos a la boca, realizamos un número de acciones, en sí mismas estériles e improductivas, y estimuladas por un placer por venir, placer que existe en el presente como motivo ideal. En esta situación, hay un hecho o fenómeno, no expresado por ninguno de esos nombres, que llena el vacío de una volición en suspenso. Pueden estar presentes deliberación, resolución y deseo, y aun así queda algo más. Por ejemplo, al seguir esos pasos para disfrutar la dulzura del jugo de naranja, podemos haber pasado a través de la fase de Deseo; la previa experiencia del placer nos ha dado una idea de él, acompañado por el anhelo del gusto perfecto. Podemos haber pasado también por la fase de Deliberación y Resolución. Pero lo que aún no se expresa es nuestra suposición de que las acciones iniciadas llevarán a un estado de deseo, y que mantendremos un grado de esfuerzo voluntario tan energético como si el placer fuera degustado realmente. Cuando actuamos por un fin intermedio, tan decididamente como lo haríamos por un fin real, estamos en una situación muy peculiar, no implicada en el deseo, por fuerte que sea, ni en la deliberación, ni en la resolución y que merece ser señalada por un nombre. La designación principal es Creencia, y son sinónimos fe, confianza, crédito, seguridad, certeza, anticipación, expectativa, esperanza, etc.³

Tal estado es conocido por variar en grado. Habiéndose formado un deseo, y habiendo, si es necesario, deliberado y resuelto, podemos perseguir los fines intermedios, bien con toda la energía que la conciencia del fin último activaría o, lo que es muy común, con menos de esa energía, tal vez con tres cuartos, o la mitad, o un cuarto de esa cantidad. La diferencia no necesita tener conexión con la intensidad del deseo, o con los procesos de deliberación o de resolución. Se relaciona con un hecho que permanece separado en la mente, y las circunstancias que lo afectan reclaman una investigación especial.

§4. La Creencia siempre contiene un elemento intelectual, siendo en su forma menos desarrollada, una Asociación de Medios y Fines.

El hecho mismo de esforzarse por un fin intermedio, con la vista puesta en algún fin remoto último, implica una concepción intelectual de ambos, y la asociación de uno con el otro. El cordero que corre hacia su oveja madre por leche y calor, posee un adiestramiento intelectual fijado en su mente, una idea de calor y plenitud asociada con la idea o retrato característico de su madre. Toda acción humana realizada con fines remotos se funda en adiestramientos mentales que conectan los fines intermedios con el fin último.

Podemos describir adecuadamente tales adiestramientos como un conocimiento sobre hechos naturales, o sobre el orden del mundo, que todas las criaturas que pueden hacer una cosa con vistas a otra deben poseer en algún grado. Todo animal con un hogar, que sea capaz de dejarlo y retornar, sabe un poco de geografía. Cuanto más extenso sea este conocimiento, más grande será

³ La lista en el original es más larga, pero repetitiva en la traducción: "faith, trust, credit, credence, confidence, assurance, reliance, security, certainty, dependence, anticipation, expectation".

el poder de alcanzar los fines. El ciervo que conoce diez charcos diferentes de los cuales beber, está mucho mejor provisto que cuando conocía sólo uno.

Por lo tanto, la experiencia de la naturaleza, acumulada en la memoria, debe incorporarse a cada situación en la que ejercitamos la creencia. Y no sólo eso. Tal experiencia es, hablando apropiadamente, el justo fundamento de la creencia, la condición en cuya ausencia no debería haber creencia, y a mayor experiencia, mayor debería ser la energía de la creencia. Pero si encontramos, en algún punto, que la creencia no coincide con la experiencia, debemos admitir que hay algún otro origen de la confianza distinto al de las conjunciones y sucesiones naturales, repetidas ante la vista y arregladas en la mente por la fuerza de la asociación por contigüidad.

§5. Los fundamentos o bases mentales de la Creencia deben ser buscados (1) en nuestra Actividad, (2) en la Asociación Intelectual de nuestra Experiencia, y (3) en los Sentimientos.

Acá se afirma no sólo que la Creencia en su esencia es un estado activo, sino que su principal causa generadora es la Actividad del sistema, a la cual se suman influencias Intelectuales y Emocionales.

(1) Estando el sistema en condiciones y no habiendo impedimentos, la espontaneidad de los órganos motrices es una fuente de acción. En segundo lugar, el Placer del Ejercicio adicional es una incitación ulterior a la actividad. Tercero, la Memoria de este placer es un motivo para comenzar a actuar con la vista puesta en el disfrute de este, siendo la operación de la voluntad engrandecida por un lazo intelectual. Estos tres factores se suman a la tendencia activa de la volición: los dos primeros son impulsos de pura actividad, el tercero es sostenido por la función retentiva del intelecto.

Bajo la presión de una o más de estas fuerzas, iniciamos la acción y continuamos insistentemente hasta que es realizada, siempre que no haya obstáculos. No vacilamos, ni dudamos. Aun ignorantes del significado de 'creencia', actuamos precisamente como una persona en el más alto estado de confianza. La Creencia no puede producir sino acción sin vacilación, y ya estamos situados en este punto.

Supongamos ahora que nos encontramos con un obstáculo, como cuando nuestra actividad nos provoca dolor. Esto detiene nuestros movimientos presentes, y su recuerdo también tiene un cierto efecto de disuasión. No procedemos de nuevo por esa senda con la fuerza total de nuestras excitaciones espontáneas y voluntarias, hay un elemento de repugnancia que debilita, si no destruye, la tendencia activa. El animal joven en principio vaga por doquier, y al ir por un sendero cae en una trampa, y escapa con dificultad. Evitará esa ruta en el futuro, pero en lo que concierne a todas las demás, seguirá como antes. La tendencia primitiva a moverse libremente en toda dirección se rompe aquí en base a una experiencia hostil, con respecto a la cual hay en el futuro una anticipación de peligro, una creencia en un mal que se aproxima. Experiencias repetidas confirmarían esta desviación de la regla de inmunidad, pero antes de cualquier experiencia, se prosiguió de acuerdo con la regla.

Podemos entender ahora qué hay de instintivo en el acto de creer, y podemos dar cuenta de la confianza natural o primitiva de la mente. La mera disposición a actuar, que se desarrolla desde nuestros talentos activos, conlleva creencia con ella. La experiencia instruye al intelecto, no crea esta disposición activa, sino que meramente causa su crecimiento por el recuerdo del placer obtenido. Una espontaneidad natural más fuerte daría lugar a una creencia más fuerte también, manteniendo la misma experiencia. Cualquier rumbo que se siga es un rumbo en el cual se cree, mientras no surja un obstáculo. Un obstáculo que se repite neutraliza la agencia espontánea y la voluntaria, destruyendo conjuntamente la acción y la creencia.

Los fenómenos de confianza y de creencia errónea están en concordancia con el origen activo del estado [de creencia]. Creemos poderosamente que lo que sea que hayamos encontrado en el pasado será siempre igual en el futuro, exactamente como lo encontramos en una experiencia continua, por pequeña que sea, esto es, estamos dispuestos a actuar en cualquier dirección que no se nos haya impedido. No se necesita de una continuada repetición, alcanzando una asociación indisoluble, para generar una creencia: un único caso más un motivo para actuar es suficiente. El infante pronto muestra una creencia en los pechos de su madre, y si pudiese especular sobre el futuro, creería en ser alimentado de esa manera por toda la eternidad. La creencia comienza a quebrarse sin embargo cuando le dan de comer con cuchara, y la anticipación es ahora dividida,

pero aun suficientemente fuerte como para sostener que el futuro se asemejará al pasado en la precisa manera antes experimentada.

De este modo se genera, desde la división de nuestra Actividad, una tendencia, tan extendida como para ser una importante ley de la mente, a proceder sobre cualquier experiencia continua con la total energía de nuestra naturaleza activa y, en conformidad, a creer, con un vigor correspondiente al de nuestra actividad natural, que aquello que no se contradice es universal y eterno. La experiencia suma la fuerza del hábito a la energía innata, y por lo tanto la tenacidad de todas las creencias tempranas. La naturaleza humana en todo lugar cree que su propia experiencia es la medida de la experiencia de todos los hombres en todo lugar y en todo tiempo. Cada uno de nosotros cree en primer lugar que toda otra persona está hecha, y siente, como nosotros, y se necesita de una larga educación para debilitar esta vasta generalización, la cual en ningún caso es nunca enteramente superada. Si la creencia fuese generada por el crecimiento de un lazo intelectual de conjunciones experimentadas, no deberíamos formarnos ningún juicio referente a los sentimientos de otros hombres hasta ser lo suficientemente mayores como para realizar una difícil operación científica de razonamiento análogo. No deberíamos decir absolutamente nada acerca de lo distante, lo pasado y lo futuro, donde nuestra experiencia es nula. Podemos creer que el agua de un manantial conocido calmará nuestra sed, pero no deberíamos creer que esa misma agua calmaría la sed de otras personas que no la han probado, ni que alguna otra agua calmaría nuestra propia sed. Es la energía activa de la mente la que realiza esta anticipación de naturaleza tan severamente criticada por Bacon como la madre de todo error. Esta anticipación, corregida y reducida al estándar de la experiencia, es la creencia en la uniformidad de la naturaleza.

Trabajamos bajo una incapacidad o inhabilitación natural para concebir cualquier cosa que difiera de nuestra limitadísima experiencia, pero no hay necesidad de que persistamos todavía en asumir que lo que es absolutamente desconocido es exactamente como lo que conocemos. Tal adelantamiento intrínseco no es una cualidad del intelecto, es la incontinencia de nuestra naturaleza activa. Así como actuamos primero y sentimos después, así creemos primero y probamos luego, no ser contradicho es para nosotros prueba suficiente. El ímpetu de generalizar nace de nuestra actividad, y somos afortunados si alguna vez aprendemos a aplicarle las correcciones de la experiencia subsiguiente. Una persona común, de ninguna manera falto de inteligencia ni de cultura, en el caso de conocer a un francés, atribuiría sin vacilar a toda la nación francesa las peculiaridades mentales de ese individuo. En lo que respecta a muchas de nuestras convicciones, su fuerza está en relación inversa con la experiencia de quien las cree.

§6. La segunda fuente de Creencia es la Asociación Intelectual.

(2) La experiencia frecuente de una sucesión deja la sólida asociación de los distintos pasos, y el primero sugiere prontamente todo el resto. Esto ingresa en la creencia, y aumenta en algún grado la tendencia activa a proseguir un determinado curso. Los actos sucesivos de agarrar una manzana, llevarla a la boca y masticarla, son seguidos por una sensación agradable: y por repetición el tren completo es firmemente fijado en la mente. La fuente principal de la energía demostrada en esos actos intermedios es aún la actividad –parcialmente espontánea, parcialmente voluntaria bajo el motivo ideal de la dulzura. Aun así, la facilidad para ir intelectualmente de un paso a otro, a través de la fuerza de la asociación, cuenta como una adición a la fuerza del ímpetu que nos lleva a lo largo de la serie de actos. Sobre un principio anteriormente expuesto, la idea de un acto comporta cierta eficacia para realizarlo, y una asociación sólida, al hacer presentes las ideas, ayudaría a hacer presentes las acciones. Puede ser sostenido, sin embargo, que la mera asociación de ideas no pondría en movimiento la actividad, ni constituiría la disposición activa

llamada creencia. Una muy fuerte asociación entre manzana y dulzura, generada al escuchar las palabras juntas a menudo (como en el 'dulce pomum' de la *Gramática Latina*), ocasionaría que una palabra sugiriese la otra, y así mismo que las correspondientes ideas se sugirieran una a la otra, pero para llegar a la acción a partir de ellas aún se requiere de una inclinación activa de los órganos, que surge de las causas de nuestra actividad, espontaneidad y motivo, y hasta que estas no son puestas en juego, no hay ni acción ni disposición activa, o creencia.

Cuando hemos sido disciplinados para consultar la observación y la experiencia antes de hacer afirmaciones respecto de cosas distantes en el espacio o en el tiempo, en vez de generalizar aventuradamente, utilizamos muy variadas operaciones intelectuales en el establecimiento de nuestras creencias, pero esos procesos intelectuales no constituyen la actitud de creer. Se aplican retrospectivamente a la voluntad por diferentes motivos –por las fallas y confirmaciones encontradas al proceder sobre bases tan estrechas– y cuando hemos obtenido el conocimiento mejorado, lo ponemos en práctica en virtud de determinaciones voluntarias, cuyo curso ha sido esclarecido por el más alto vuelo de la inteligencia. Aun así, no hay nada en el mero intelecto que nos llevaría a actuar o a considerar la acción, y por lo tanto nada que nos haga creer.

Es ilustrativo e interesante señalar quiénes poseen un carácter *decidido* en la vida, hombres resueltos y listos para la acción en toda ocasión. Son hombres sobresalientes, no por su inteligencia, sino por el talento activo. Una profusa espontaneidad que se presta a las motivaciones, escasas pero fuertes. La inteligencia en exceso paraliza la acción, reduciéndola en cantidad, sin embargo mejorándola sin duda en *calidad*, en adaptación satisfactoria a los fines.

§7. La tercera fuente o fundamento de la Creencia son los Sentimientos.

(3) Ya hemos reconocido anteriormente la influencia de los Sentimientos en la generación de creencias, y sólo nos queda volver a afirmar resumidamente el modo de la operación.

Primero recordemos las dos pruebas de la creencia: (1) la energía en la persecución de fines intermedios, no estando el fin último al alcance, y (2) la excitación de la mente a través de la mera expectativa del fin último (cuando es algo agradable). En ambos aspectos, la creencia es afectada por el sentimiento.

Si el fin último es un placer, y fuertemente realizado como idea, la energía en la persecución es proporcionalmente fuerte y la convicción es fuerte, como se muestra por los obstáculos sobrepasados no meramente en la forma de resistencia, sino en la forma de un deseo total de evidencia. Un objeto intensamente deseado es perseguido con tal excesiva confianza como para lograr la ocasión de su adquisición.

Hay otro modo de fortalecer la actitud de creencia mediante el placer. Independientemente de la contemplación del fin, el cual es necesariamente placer (sea este directo o indirecto, como en la calma del dolor), podría haber otras causas de placer operando en el momento de dar lugar a la excitación o fluctuación de tono. Tal excitación fortalece el ánimo de la creencia, en relación a lo que sea que esté a mano. Un viajero en búsqueda de nuevas regiones está sujeto a variaciones de confianza respecto de los estados mentales por los que pasa, cualquiera sea su causa. Será más confiado cuando está descansado y vigoroso, cuando el día es calmo, o el escenario alentador, aunque no haya aumento real de evidencia en ninguna de esas circunstancias.

Que un más alto ánimo de disfrute debería ser un más alto ánimo de creencia es evidente en ambos aspectos de la creencia. En primer lugar, cualquier acción presente se persigue más vigorosamente, y en el vigor de esa persecución está implicado el estado de confianza. Y en segundo lugar, en lo que respecta al alentador disfrute anticipado ideal del fin último, cualquier

cosa que aumente la euforia de su armonía tiene el mismo efecto que tendría el aumento en la expectativa del fin, significando tal aumento en la expectativa una creencia más fuerte. Lo que queremos de una seguridad firme es alivio mental, y si el alivio surge concurrentemente con la creencia, tenemos la cosa deseada, y la creencia, por el momento, está completa por una mezcla adventicia o accidental.

En algunas formas de Creencia, como en la Religión, la circunstancia alentadora es el hecho prominente. Tal creencia es valorada como un tónico para la mente, como cualquier forma de placer: la creencia y la excitación son hechos convertibles. Por lo tanto, cuando la creencia es débil, cualquier acceso de un ánimo alegre será percibido como fortaleciendo la creencia, mientras que el estado opuesto se supondrá que la debilita. El hecho es que ambas influencias conspiran juntas, y podemos, si nos parece, contarlas a ambas como una, especialmente si la fuente de la otra está oculta o es invisible.

El cultivo de este último grupo de creencias es puramente emocional, y consiste en fortalecer en la mente las asociaciones de sentimiento. El caso es en todo respecto idéntico al del aumento de un afecto. Con cualquier afecto fuerte, está implicada una correspondiente fuerza en la creencia.

La mera fuerza de la excitación, de un tipo neutral, controlará a la creencia así como controla a la voluntad, por la fuerza de la idea persistente. Cualquiera sea el fin que encienda mucho la mente, será impreso de acuerdo a la fuerza de la excitación, e independientemente del placer o el dolor que comporte, y constituirá, al determinar la acción, una creencia en lo que sea que aparezca como instrumento intermediario. Una asociación casual y ligera será recogida y asumida como una causa. A la madre que ha perdido a su hijo le repugnarán ciertas cosas asociadas en su mente con la muerte del niño. Ella mantendrá distancia de esas cosas con la fuerza total de su voluntad en virtud de salvar a su otro hijo, lo cual es equivalente a creer en una conexión de causa y efecto entre ambos hechos. La influencia de los sentimientos, experimentados quizás sólo una vez, sirve así para confirmar un vínculo intelectual en tanto que sólida asociación, tal que un gran número de experiencias no sería capaz de disolver.

Por último, el poder de los sentimientos para comandar la presencia de una clase de pensamientos, y desvanecer de la vista todos los de una clase hostil, necesariamente opera tanto en la creencia como en la acción. Un susto afirma los pensamientos sobre las circunstancias de alarma, y lo vuelve a uno incapaz de contener la visión de modo que pudiera neutralizarse el terror. Hay consideraciones al alcance que nos impedirían creer en lo peor, pero no pueden hacer su aparición. El bien sincronizado recuerdo de ellas por parte de un amigo es entonces un invaluable sustituto para la paralizada operación de nuestra propia inteligencia.

§8. La Creencia en el orden del Mundo, o del curso de la Naturaleza, varía en carácter, en diferentes personas, de acuerdo al relativo predominio de las tres causas enumeradas.

Todas las creencias implican un orden del mundo, o la conexión entre una cosa y otra, de modo que la primera puede ser empleada como un medio para garantizar a la segunda como fin. Creemos que un empujón es un primer motor, que la vegetación necesita lluvia y luz solar, que los animales son generados desde su propia especie, que el cuerpo se fortalece con el ejercicio.

La principal fuente de creencia es la actividad sin obstáculos. Una única experiencia es suficiente para constituir creencia. Estamos dispuestos a hacer de nuevo, sin la menor vacilación, aquello que hemos hecho con éxito una vez. La repetición puede fortalecer la tendencia, pero cinco repeticiones no dan cinco veces la convicción de una; sería más acertado decir que, aparte

de nuestras mejores pruebas de la verdad, cincuenta repeticiones podrían tal vez doblar la fuerza de convicción de la primera. Somos todo fe al comenzar, llegamos a ser escépticos por la experiencia, es decir, encontrando confirmaciones y excepciones. Comenzamos con ilimitada confianza, y somos gradualmente educados en una confianza más limitada.

Nuestra creencia en las leyes físicas es nuestra espontaneidad primitiva contraída hasta los límites de la experiencia. De este tipo es nuestra fe en la gravedad, el calor, la luz, etc. Nuestras pruebas son en gran medida simplificadas por la guía de aquellos que nos han precedido. En cuanto a los fenómenos más comunes, pronto entramos en los canales adecuados de acción. Un animal aprende en poco tiempo desde qué altura puede saltar con seguridad.

El extenso catálogo de pervertidas, extravagantes y erráticas creencias puede explicarse en la mayoría de los casos por un cierto grado inusual de sentimiento, sea bien placer, dolor o mera excitación. Somos difíciles de convencer de que algo que nos gusta nos puede hacer daño. Esta es la fuerza de la sensación placentera, que opera a través del deseo, desterrando del pensamiento toda experiencia hostil. Creemos en la sabiduría y otros méritos de las personas que amamos y admiramos, otro de los muchos ejemplos del poder del sentimiento. Tenemos al principio una fe ilimitada en el testimonio. Se presume, como cuestión de rutina, que lo que sea que se nos dijo es verdad, así como se espera que se mantenga siempre lo que encontramos en un primer intento. La experiencia tiene que limitar esta extendida confianza, y si gustos y aversiones se mantienen en lo bajo, y sólo se confía en los hechos recordados, adquirimos lo que se llama una creencia racional por el testimonio, a saber, una creencia proporcional a la ausencia de hechos contradictorios.

Nuestras creencias son influenciadas por nuestros semejantes de maneras patentes. Simpatía e imitación nos hacen adoptar las acciones y los sentimientos de quienes nos rodean, y el efecto de la sociedad no se detiene aquí, sino que llega hasta la compulsión. Con la combinación de estas influencias somos educados en todas las creencias que trascienden nuestra propia experiencia, y somos arrastrados incluso en aquello que cae bajo nuestra observación.

La mera afirmación intelectual, repetida a menudo, nos dispone a confiar, pero no constituye el estado de la creencia hasta que tenemos ocasión de actuar en base a ella, y la fuerza real del estado surge cuando nuestra acción recibe alguna confirmación. En cuanto a muchas doctrinas que nos rodean, como las recónditas afirmaciones de la ciencia y de los mayores misterios de lo sobrenatural, estamos en un muy liberado estado mental. De hacer un único experimento por nosotros mismos, y encontrarlo acorde con lo que ha sido afirmado, seríamos elevados a la vez a una confianza tal vez incluso más allá de la verdad real, pues la mente no cultivada nada sabe sobre las repeticiones y las precauciones que son necesarias para establecer un hecho.

Las creencias supersticiosas de épocas no iluminadas –astrología, alquimia, brujería– y las perversiones de la verdad científica en la filosofía temprana debidas a diversas emociones fuertes, son todas explicables en base a la influencia del sentimiento en quienes les dieron origen, con la subsiguiente adición de la autoridad y la imitación.

§9. A la Creencia se opone, no el descreimiento, sino la **Duda**.

En tanto que actitudes mentales, creencia y descreimiento son lo mismo. No podemos creer una cosa sin descreer alguna otra. Si creemos que el sol ha salido, debemos descreer que está por debajo del horizonte.

Cuando somos incapaces de lograr una convicción, por una u otra cosa, se dice que dudamos, que estamos en un estado de incertidumbre o suspenso. Si la cosa nos preocupa poco, nos es indiferente esta ausencia de los medios de convicción. La condición de la duda se manifiesta en

su verdadero carácter, como una experiencia angustiosa, cuando estamos obligados a actuar y estamos todavía inciertos en cuanto al curso de acción. La conexión de los medios y el fin no determina nuestra creencia o seguridad. O bien hay sugerencias o apariencias contrapuestas, más o menos igualmente equilibradas, o bien no hay nada a lo que apelar en ningún sentido. Así corremos el peligro de ver frustrados nuestros fines y, además, de sufrir todas las vacilaciones de un conflicto. En asuntos de gran importancia, la duda es el nombre de la indecible miseria.

Duda y Miedo, aunque distinguibles, van estrechamente juntos. La Duda, en su forma dolorosa y angustiante, es precisamente el estado de Miedo. La causa del temor se adentra en el estado de duda, y las circunstancias de la duda intensificarán el miedo. El mismo temperamento es victorioso tanto frente a la duda como frente al miedo; la disposición activa se ha visto como una fuente de valor y coraje.

§10. Las designaciones opuestas **Esperanza** y **Desespero** significan fases de la Creencia.

La Esperanza expresa la creencia en su aspecto estimulante y alentador, siendo la confianza en el bien futuro, la creencia de que algún final placentero es más o menos seguro en su advenimiento. Denota así algo menor que la seguridad total o completa, o más bien se considera que recorre todo el espectro desde el grado más bajo de confianza que pueda tener un efecto estimulante, hasta el más alto punto cuando la expectativa está al nivel de la posesión. Por lo tanto, en la expresión de la esperanza, añadimos por lo general un epíteto de su grado, tenemos buenas esperanzas en un año comercial próspero, tenemos pocas esperanzas en la próxima cosecha.

Lo contrario de la Esperanza no es el Miedo, sino el Desespero, la creencia en el mal por venir, un estado mental que es tanto más deprimente cuando más fuerte es la creencia. Un ejército superado se desespera, es decir, cree en la inminente derrota. El estado de Miedo sobreviene prontamente, pero puede haber desespero con ausencia del miedo correspondiente. El extremo del Desespero es la Desesperación.

Cuando la esperanza o el desespero pueden apoyarse sobre evidencias ciertas o sobre evidencias probables, como las proporcionadas por un juicio altamente disciplinado, son comparativamente poco afectados por la agencia externa de la excitación y la depresión. Pero en materia de evidencia probable, y en las mentes de poca estabilidad, el estado de esperanza o desespero fluctúa con las influencias que suben o deprimen el tono general [del ánimo]. Todo lo dicho hasta acá de la Creencia en general, es verdad de la creencia bajo el nombre de Esperanza.

Fin de: "La Creencia", de Alexander Bain (1868). Fuente: Mental and Moral Science. Part First, pp. 371-385.

Una de las ventajas de los textos en formato electrónico respecto de los textos impresos es que pueden corregirse con gran facilidad mediante la colaboración activa de los lectores que adviertan erratas, errores o simplemente mejores traducciones. En este sentido agradeceríamos que se enviaran todas las sugerencias y correcciones a sbarrena@unav.es.

Fecha del documento: 19 de octubre 2009
Ultima actualización: 22 de enero 2010
